

Hasta El Último Aliento

Alex Zuñiga

Orando como Jesús - NK | September 27, 2026 | 1 Pedro 2:23; Romanos 8:38-39; Salmos 22:1-24; Lucas 23:34-46; Mateo 27:45-46; Salmos 31:5

Prepared from the spoken message and lightly edited for readability. Scripture quotations and spoken phrasing are preserved as delivered.

¿Están listos para estudiar la Palabra de Dios? ¿Les está gustando esta serie? Me encanta esta serie, este tiempo de oración, viendo cómo oraba Jesús.

Señor, gracias. Gracias una vez más por este tiempo que nos das de abrir tu Palabra, Señor, de poder adorarte, pero también, Señor, de seguir aprendiendo de ti. Señor, te pido que esta palabra sea útil, que pueda animarnos a seguir buscándote más y que yo pueda ser un vaso útil en tus manos. En el nombre de Jesús. Amén.

¿Quién tiene un reloj? Saca tu reloj. ¿Tienes tu reloj? No saques tu celular, tu reloj. ¿Qué hora es? Las 2:35 de la tarde, ¿no? Más o menos, un minuto más o un minuto menos.

Un viernes, hace dos mil años, a esta misma hora más o menos, el cielo sobre Jerusalén llevaba ya dos horas oscuro. Mateo lo menciona de esta manera:

Al mediodía, la tierra se llenó de oscuridad hasta las tres de la tarde.

— Mateo 27:45

Tres horas de oscuridad en pleno día. Imagínate salir ahorita en la tarde y que esté todo oscuro. Raro, ¿no?

Alrededor de las tres de la tarde, dentro de un ratito más si lo medimos con el reloj de hoy, desde esa oscuridad sonó un gran grito. Fue un grito hace más de dos mil años.

Yo quiero llevarte a esas últimas horas de Jesús. Hoy estamos terminando la serie Orando como Jesús. Hoy llegamos a la conclusión y vamos a ver cómo, hasta el último momento, Jesús oró.

Posiblemente has escuchado de las siete palabras. Son sermones que se hacen alrededor de Easter, del tiempo de la Pascua, y se predica sobre las siete palabras. Hoy te quiero hablar sobre esto, pero no exactamente de un sermón, porque en ese monte afuera de Jerusalén había mucho ruido.

Había soldados trabajando porque para ellos era un día más. Estaban trabajando, crucificando a alguien más, como lo hacían casi todos los días. Había gente que subió nada más de metiche. ¿Conocen gente así? Hay un accidente y quieren ir a ver. Imagínate que, desde ese tiempo, ya existía la persona a la que le gusta la información. No son chismosos, les gusta la información. Entonces iban a ver qué estaba pasando.

Había religiosos burlándose en voz alta y, a unos metros, un grupito de mujeres y un discípulo joven que estaba ahí. No se fueron, se quedaron.

En medio de todo ese ruido, los cuatro Evangelios juntos nos conservan siete cosas que Jesús dijo desde la cruz. Siete. No son sermones, sino frases o siete palabras, porque, estando ahí, cada frase costaba un esfuerzo más.

Acuérdate de que Jesús estaba crucificado. Estaba colgando todo su cuerpo y respirar le costaba. Para poder hablar, necesitas llenar tus pulmones de oxígeno, expirar, hacer que tus cuerdas vocales vibren y produzcan el sonido. Jesús lo hizo siete veces.

¿Por qué es importante esto? Porque cuatro de las siete cosas que dijo fueron dirigidas a quienes estaban alrededor: le prometió el paraíso al ladrón, entregó el cuidado de su madre, dijo que tenía sed y declaró que la obra había terminado. Pero las otras tres iban enfocadas al cielo. Tres de las últimas siete expresiones de Jesús fueron oraciones al Padre.

Si nos detenemos un poquito, ¿qué significa lo que está haciendo aquí? ¿Quién ha estado en un cuarto de hospital cuando a un ser querido se lo llevan en la camilla? A mí me ha tocado que a mi hija, cuando ha estado en cirugía, se la llevan y lo último que le decimos es: "I love you". Y ella nos dice: "I love you". Esa fue la última palabra, y mi oración es que regrese mi hija. Pero hay muchas personas que no regresan.

Las últimas palabras te marcan. ¿Qué fue lo último que te dijo ese ser querido?

De las siete frases de Jesús, tres no fueron para los que estaban abajo, para la gente, sino que iban dirigidas al Padre. Después de seis semanas en esta serie, eso ya no debería sorprendernos. ¿Qué hacía Jesús en la madrugada? Oraba al Padre. Oraba por nosotros antes de que existiéramos.

El domingo pasado vimos cómo estaba de rodillas en un huerto, diciendo: "Sin embargo...", mientras sudaba gotas de sangre. El final no es que Jesús dejó de orar. El final es que no dejó de orar ni cuando ya casi no podía respirar.

El que oró antes que nada oró hasta respirar por última vez. Él nos mostró desde el principio que, antes de comenzar cualquier cosa, oraba. Antes de tomar decisiones, oraba. Antes de que viniera la situación que él sabía que venía, ¿qué hacía? Oraba.

Ahora quiero que abras tu Biblia en Lucas 23. Es bueno que abras tu Biblia, que traigas tu Biblia. Si no tienes Biblia, busca a Daniel, a Alberto, a mí o a alguno de los líderes. Queremos poner una Biblia en tus manos, no para que te la lleves a pasear, sino para que la traigas, la marques, tomes notas y aprendas a leer la Palabra de Dios.

Ahora estamos en la era digital. Si tienes tu celular, no pasa nada. Nada más no te metas a Facebook, Instagram, TikTok o no sé qué más hay hoy en día. No te metas en eso. Busca la Bible App o Bible Gateway, no sé dónde te metes.

Hay tres oraciones, en el orden en que Jesús las dijo.

Padre, perdónalos

La primera oración la hizo cuando el dolor apenas comenzaba. Lucas 23:34. Mientras lo clavaban, Jesús intercedió por ellos. En el momento en que estaba siendo clavado, Jesús intercedió por las personas.

Lo primero que salió de su boca en la cruz no fue una queja ni una defensa:

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

- Lucas 23:34a

¿Has escuchado esa frase? "Perdónalos porque no saben lo que hacen".

Fíjate en cuándo lo dice, porque ahí está todo. Lucas coloca esta oración en el momento exacto en que lo estaban clavando, no después. Mientras el martillo todavía estaba golpeando contra el madero, él dijo: "Perdónalos".

Fíjate por quién estaba orando. No por su madre, que estaba allá; no por Juan ni por los once. Oró por los soldados que le estaban atravesando las manos y por quienes organizaron todo esto desde una corte. Se tomó una decisión y ellos la estaban llevando a cabo.

Nadie se lo pidió. Nadie se arrepintió primero. Nadie dijo: "Perdóname". La oración de Jesús por sus enemigos no esperó a que ellos se arrepintieran. Comenzó mientras todavía lo estaban clavando.

Es interesante ver esta imagen porque, si somos honestos, mi primera oración sería: "Señor, perdónalos... No, llévatelos, Señor. Te los adelanto. Mira lo que están haciendo".

Pero mira cómo sigue el versículo, porque Lucas pone dos cosas juntas a propósito:

Y los soldados sortearon su ropa, tirando los dados.

- Lucas 23:34b

Mientras Jesús pedía perdón para ellos, ellos seguían, como dicen en mi rancho, comiendo moras. No les importaba lo que estaba diciendo Jesús. Ni siquiera lo estaban oyendo. Él intercedía y ellos estaban apostando a unos metros de sus pies.

Aquí está la frase que hay que entender bien: "Porque no saben lo que hacen". No es que fueran inocentes. Estaban matando a un hombre y lo sabían. Lo que no sabían era a quién estaban matando.

Esto no le salió de la nada esa tarde. Hace unas semanas lo vimos. Los discípulos le dijeron: "Enseñanos a orar", y él les enseñó: "Perdónanos, así como nosotros perdonamos a los que pecan contra nosotros".

Aquello no era un cuarto tranquilo donde les estaba enseñando a los discípulos a orar. Estaba en el madero, estaba siendo crucificado, golpeado y humillado. ¿Y sabes qué estaba haciendo? Estaba viviendo exactamente lo que les enseñó que hicieran: "Perdónanos de la misma manera que nosotros perdonamos".

Lo estaba haciendo ahí.

Ahora, déjame traer esto a nuestra semana con mucha sutileza, porque posiblemente a alguien le va a doler. Mi papá me dijo: "¿Me pongo el casco hoy, mi hijo, o no?". Así me habla mi papá para escuchar la serie. Mi idea no es ofender a nadie, pero esto es lo que el Señor nos está enseñando.

Todos tenemos un nombre. Esa persona, o tal vez dos. Algunos tenemos hasta una lista de nombres de personas por las que no oramos. Y, a propósito, no oramos por ellos. No porque se nos olvide, sino porque simplemente no queremos orar por esa persona.

Ya sabes cuál es su carro. Lo ves estacionándose y le das la vuelta. Me contaba alguien: "Yo iba llegando a la tienda y vi el carro de esta persona. Me di la vuelta, pastor, por cuidar mi corazón".

Posiblemente, si alguien te dice: "Oye, hay que orar por él", tú dices: "No, sí, sí hay que orar, pero que ore alguien más. Yo ni loco oro por él. Se está muriendo, que se muera. Es la voluntad del Señor".

Espiritualizamos todo, ¿no?

Pero no se trata de eso.

Lo entiendo, porque cuando alguien nos hace daño, lo último que mi cuerpo quiere hacer es hablar bien de esa persona delante de Dios. Pero mira lo que estás viendo en ese texto. Si Jesús pudo interceder por los hombres que lo estaban clavando, mientras lo estaban clavando, ¿qué excusa me queda a mí?

Quiero ser muy claro: perdonar no es lo mismo que fingir. "¿Cómo estás?". "Bien". "¿Cómo está?". "Muérete". ¿No les ha pasado? Es chistoso. No voy a decir nombres aquí, pero es chistoso ver a la gente que se saluda. ¿Estás sonriendo? ¿Estás enojado? ¿Qué pasó?

Jesús nunca llamó bueno a lo que era malo. Dijo que no sabían lo que hacían, que es muy distinto.

Pedro, que después escribió sobre esta escena, explica cómo funcionó esto:

No respondía cuando lo insultaban ni amenazaba con vengarse cuando sufría. Dejaba su causa en manos de Dios, quien siempre juzga con justicia.

— 1 Pedro 2:23

Dejaba su causa en manos de Dios. Pedro no dice que Jesús fingiera que no sentía ni que cerrara el caso. Dice que lo cambió de manos. Jesús no negó la injusticia. Se la entregó al único Juez que iba a juzgar bien.

Aquí está lo que perdonar significa para nosotros. Perdonar no borra los límites, no cancela las consecuencias, no te obliga a volver a poner la mano donde te mordieron ni te prohíbe buscar justicia. Escúchalo bien: eso no es perdonar.

Si alguien aquí ha vivido abuso o violencia, quiero decirte esto: perdonar no significa callar y regresar. Significa que dejas de ser tú el juez. Ya no soy yo el juez, sino que pongo la causa en las manos del que siempre va a juzgar con justicia. Tú no sueltas la justicia; sueltas el derecho a cobrar la justicia. Hay una diferencia.

Esta semana me hablaba un pastor amigo y me dijo: "Es que hicieron esto, esto y esto, y yo me voy a ir a

defender".

Le dije: "Brother, no lo hagas. Vas a meter la pata".

"Pero es que..."

"No lo hagas. Deja que el Señor haga justicia, porque él va a hacer mejor justicia que tú".

"Pero es que me están difamando".

Si supieras lo que hablan de mí. Deja que el Señor haga justicia. Entrégaselo a él.

¿Qué hizo Jesús? "Perdónalos porque no saben lo que hacen".

Orar por alguien es lo primero que dejas de hacer cuando te hiere. Por eso fue lo primero que Jesús hizo cuando lo hirieron. Eso fue lo primero que hizo mientras lo estaban hiriendo.

Antes de pasar al segundo punto, quiero que te detengas. Cuando aparece la palabra "ellos" en la escena, apunta primero a quienes lo estaban crucificando. Pero esa oración nos deja ver parte de lo que estaba viviendo Jesús, porque no fueron solamente unos clavos romanos los que lo llevaron a la cruz, sino tu pecado y el mío. Nosotros también tomamos parte ahí.

El perdón que Jesús pidió para sus enemigos era el mismo perdón que su muerte estaba haciendo posible para pecadores como nosotros. Antes de que tú pudieras perdonar a nadie, Jesús ya estaba pagando el precio para que tú fueras perdonado.

"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

La primera oración todavía la hizo cuando había luz. Faltaban tres horas para lo más oscuro. Lo que Jesús dijo cuando llegó esa oscuridad es algo que a muchos nos han enseñado que un creyente nunca debería decir.

En la hora del desamparo, Jesús siguió hablando con el Padre cuando se sentía abandonado:

A eso de las tres de la tarde, Jesús clamó en voz fuerte: «Elí, Elí, ¿lama sabactani?», que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

— Mateo 27:46

Mateo hace algo que casi no hace en todo el Evangelio. Nos deja las palabras en el idioma original tal como salieron. No las traduce y ya, sino que primero escribe cómo sonaron. Es como cuando alguien está tan quebrado que le sale su lengua materna.

Esa es la oración más difícil de toda la Biblia, tanto que muchos preferimos no detenernos aquí. Pero antes de explicarla, quiero que sepas de dónde sacó esto. Esta oración que hizo Jesús era un salmo. ¿Lo sabías?

*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?
¿Por qué estás tan lejos cuando gimo por ayuda?*

— Salmo 22:1

Palabra por palabra. Jesús estaba muriendo y lo que le salió, cuando estaba en la situación difícil, fue un salmo.

¿Qué me sale a mí cuando me pegan, me hieren o me hacen daño? ¿Cuál es mi primera reacción? ¿Cómo reacciono yo? ¿Cómo estoy contestando?

Aquí tengo que decirte algo sobre lo que pasó en esa oscuridad, porque es lo más serio que vamos a decir hoy. Ese desamparo fue real. No fue actuado ni fue una manera dramática de hablar en la cruz. El Hijo cargó, en su humanidad, el juicio y la condenación que nuestro pecado merecía. Pero la Trinidad, la unión con el Padre y el Espíritu, no se rompió, ni el Padre dejó de amar al Hijo.

Cristo soportó en nuestro lugar el desamparo judicial que le tocaba al pecador.

Me encanta cómo R. C. Sproul lo explica: "Tenía que ser desamparado porque el castigo por el pecado es el abandono de Dios. Jesús fue cortado de la tierra de los vivientes en lugar de nosotros, para que nosotros no fuéramos cortados".

¡Wow! Cuando lo ves de esa manera, él tomó el lugar que me tocaba a mí. "En lugar de nosotros". Esa es la frase.

Jesús no fue abandonado porque el Padre dejara de amarlo un solo segundo. Fue abandonado en nuestro lugar, llevando lo que a nosotros nos tocaba. Lo que no se quebró en la cruz fue el amor del Padre por el Hijo. El amor no se separó. Lo que quedó cancelado fue la deuda que tú y yo debíamos. Por eso él se sentía abandonado en ese momento.

Fíjate en algo que casi nadie nota. Al citar la primera línea del Salmo 22, Jesús puso su grito dentro de ese salmo. El Salmo 22 comienza con ese lamento, pero cuando lees el versículo 24, mira cómo dice:

*Pues no ha pasado por alto ni ha tenido en menos el sufrimiento de los necesitados.
No les dio la espalda, sino que ha escuchado sus gritos de auxilio.*

— Salmo 22:24

Sí, el salmo comienza muy oscuro. Le dice: "¿Dónde estás?". Pero después dice: "Estoy escuchando y te sigo cuidando". No le dio la espalda.

Fíjate en algo más que es pequeño, pero enorme. En medio de sentirse abandonado, Jesús gritó: "Dios mío, Dios mío". No dijo "Dios" como quien nombra a un extraño. Dijo: "Dios mío". Mi relación contigo.

Aquí es donde ese texto nos toca un poquito más, porque hay gente aquí que lleva meses hablándole a un techo. Vi un meme que decía: "Los cristianos oran al techo". No está mal.

Muchas veces oras y no pasa nada. Lees y no sientes nada. Cantas el domingo con la boca y por dentro no

hay nadie.

Piénsalo como cuando vas manejando y pasas por debajo de un túnel. Hay un túnel yendo hacia Florida, no sé cómo se llama, por Alabama, creo. Pasas por ahí con el radio prendido y, de repente, entra la estática. ¿Eso significa que la radio dejó de transmitir? No. Al contrario, hay algo que está tapando la señal y no permite que entre. Sales del otro lado y la canción sigue.

Que no sientas no significa que no esté.

Jesús no fingió una postura delante del Padre y tú tampoco tienes que fingirla. Deja de fingir que todo está bien. El Señor quiere escucharte tal como estás. Si el Hijo de Dios pudo preguntarle "¿por qué?" al Padre desde la cruz, tú puedes decirle exactamente cómo estás.

El lamento no es falta de fe. Es fe hablando con una voz quebrada.

Ese grito no fue lo último que Jesús dijo. Le quedaba un aliento más.

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu

Termino con esta oración. Al último aliento, Jesús se entregó en las manos del Padre. Lo último que le quedaba lo entregó en sus manos:

Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Y habiendo dicho esto, expiró.

— Lucas 23:46

Expirar es soltar el último aire y que ya no vuelva a entrar más. La última función de ese cuerpo fue hablar con su Padre.

Esa oración, igual que el grito, tampoco era original de Jesús, porque es otro salmo. ¿Lo sabías? Lo último que hizo fue clamar a su Padre con un salmo:

*En tu mano encomiendo mi espíritu;
tú me has redimido, oh Jehová, Dios de verdad.*

— Salmo 31:5

"En tu mano encomiendo mi espíritu". "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". La misma frase.

Hay algo que vale la pena saber. Según la antigua tradición judía, esta era una oración que se enseñaba a los niños. Algunos les enseñan a sus niños: "En paz me acostaré y asimismo dormiré". Se lo enseñamos a los niños: "Vete a dormir". ¿Y qué dice el niño? "En paz mearé. Amén". Y se van a dormir.

Esta era una oración que se enseñaba a los niños judíos antes de dormir: "En tu mano encomiendo mi espíritu; tú me has redimido, oh Jehová, Dios de verdad". Antes de dormir encomendaban su espíritu para que el Señor los guardara durante la noche.

No sabemos a ciencia cierta si esa tradición ya existía cuando Jesús era niño, pero, como él la está

pronunciando, podemos asumir que posiblemente sí y que María se la enseñó como una madre judía que le enseñaba a su hijo a orar.

Imagínatelo de niño repitiendo después de mamá: "En tu mano encomiendo mi espíritu". Imagino a mi hijo diciendo: "En tu mano comiendo mi espíritu".

Treinta años después, clavado en un madero, no tuvo que buscar qué decir. Le salió la oración de siempre: "Se está acabando esto. En tus manos encomiendo mi espíritu".

Lo que casi se nos escapa es que la oración no cambió. Cambió lo que le costaba decirla. No cambió la oración que decía todo el tiempo, pero sí el momento en que la dijo. Aquí entregó la vida con las mismas palabras, pero con todo el peso encima.

Fíjate en una última cosa, que es lo más tierno del relato. Cuando lo escribía, me quebrantaba el corazón. Un grito antes dijo: "Dios mío". En esta oración dijo: "Padre". Volvió a la palabra de casa. Dijo: "Padre".

La relación no se rompió, aunque el desamparo que cargó fue real. Desde ese lugar volvió a decir: "Padre".

Entregarse no es rendirse a lo que venga. Es poner tu vida en unas manos que ya conoces.

¿A quién le entregamos nuestras cargas? ¿A quién llevas tu necesidad?

Yo recuerdo que, cuando mis niños se enfermaban, a la primera persona a la que iban era a su mamá, porque ella les daba Tylenol, los cuidaba, los acariciaba y les preparaba un tecito. Sabían que mamá los iba a cuidar.

¿A dónde llevas tu necesidad? ¿A quién le llevas tu necesidad? En el último momento, Jesús clamó a su Padre.

Cuando dijo: "En tus manos encomiendo mi espíritu", Jesús ya había pasado por muchas manos. Pasó por las manos de los soldados, por las manos del pueblo que iba allí apedreándolo, por el Sanedrín y después por las manos de quienes lo iban a crucificar. Al final dijo: "En tus manos".

Por eso importa tanto dónde terminó. Cuando ya casi no le quedaba aire, Jesús escogió unas manos. No fueron las de Judas, ni las del Sanedrín, ni las de Roma. Se puso en las manos de su Padre, y esas manos sí las conocía.

¿Por qué? Porque ya lo habían sostenido durante cuarenta días en el desierto. Le habían enviado un ángel en el huerto la noche anterior. Jesús no se entregó a un desconocido al final. Se entregó al mismo Padre con quien llevaba hablando toda la vida.

C. S. Lewis, en **Mero cristianismo**, hace una observación que me encanta. Dice que lo más difícil que Dios nos pide es rendirnos, sufrir, someternos y morir, porque es justamente lo que Dios, siendo Dios, nunca había tenido que hacer, hasta que se hizo hombre.

Ahora lo podemos entender. Eso es lo que vemos en Lucas 23. El Hijo eterno asumió nuestra naturaleza humana y, sin dejar de ser Dios, recorrió con ella el camino de obediencia, sufrimiento y muerte, y se entregó.

Entregar suena bonito hasta que te toca entregar.

No es dejar de sentir miedo. Es lo que haces con el miedo. Se lo pones al Padre en las manos en vez de cargarlo toda la noche: "Señor, aquí está".

Es lo que haces con el hijo que ya no puedes controlar: "Señor, aquí está".

Con ese diagnóstico: "Señor, aquí está".

Con esa decisión migratoria: "Señor, aquí está".

Es dejar de aparentar, dejar de apretar los puños y decir: "Señor, aquí está. No puedo con esto. No sé qué hacer, pero sé que tus manos son las mejores manos en las que puedo dejar mi necesidad".

Tres oraciones para esta semana

Esta serie termina hoy, pero la práctica puede comenzar hoy mismo. No quiero solamente que recuerdes las tres oraciones de Jesús. Quiero dejarte tres oraciones que tú también puedes hacer esta semana, tres oraciones que puedes comenzar a hacer hoy.

Número uno: "Padre, pongo delante de ti a quien me hirió".

¿Quién te ha herido? ¿Quién te ha hecho daño? Piensa en ese nombre que vino a tu mente hace rato. No tienes que fingir que ya no te duele ni esperar hasta sentir deseos de hacerlo. Comienza a decir su nombre delante del Padre. Entrégale la persona, la herida y la causa al Dios que siempre juzga con justicia.

"Padre, delante de ti presento esto que me duele".

Número dos: "Dios mío, esto es lo que me duele".

Díselo con palabras abiertas. No arregles las palabras ni escondas lo que sientes. No lo pintes para que se vea bonito: "Oh, Señor, tú entiendes el corazón". No. "Señor, me duele. Me duele esto, esto y esto. Mira lo que me hicieron. Mira lo que están diciendo. Mira lo que está sucediendo".

Si tienes miedo, dile: "Señor, tengo miedo".

Si estás cansado, dile: "Señor, estoy cansado".

Si no entiendes lo que está haciendo, dile: "Señor, no entiendo qué estás haciendo. No entiendo cuál es tu propósito. No lo entiendo".

Nómbrale y ponlo en sus manos. Si no entiendes lo que está pasando, no estás siendo irreverente; estás siendo honesto delante de Dios.

El Señor ya está cansado de las oraciones repetitivas. Háblale desde donde está tu corazón. Si hay dolor, háblale desde el dolor: "Señor, esto me atormenta. Esto me roba el sueño. No puedo dormir. Tengo miedo. Estoy preocupado".

El Señor quiere escuchar tu oración.

Número tres: "Padre, en tus manos pongo lo que no puedo controlar".

Antes de dormir, identifica eso que has estado cargando todo el día: tu familia, tu futuro, tu salud, una decisión o una preocupación. No sé. Posiblemente viniste hoy con una necesidad y dijiste: "A ver si en la iglesia encuentro algo de descanso".

Bueno, hoy llévate esta oración. Nómbralo y ponlo en sus manos. Quizás todavía no sabes cómo se va a resolver, pero sí sabes quién te puede sostener mientras llega la respuesta.

Tres oraciones, tres maneras de seguir orando como Jesús.

El que oró antes que nada

¿Dónde comenzó todo? Hace seis semanas abrimos esta serie viendo que él se levantaba antes de que amaneciera para buscar a su Padre. Muy de mañana, dice la Biblia, salía a buscar a su Padre. Hoy vimos cómo usó el último aire de sus pulmones para seguir hablando con el Padre.

Son dos escenas, pero una sola vida: milagros, multitudes, amigos, traición, juicios, azotes y una cruz. No hubo un solo tramo de su camino en el que Jesús dejara de hablar con su Padre.

Oró cuando estaba solo en el monte. Oró cuando la gente lo aplaudía. Oró cuando sus amigos lo abandonaron. Oró mientras lo clavaban. Oró cuando todo estaba oscuro y oró cuando ya no le quedaba más aire en sus pulmones.

El que oró antes que nada oró hasta respirar por última vez.

La pregunta no es solamente qué dijo Jesús. La pregunta para ti, con lo que escuchaste, es: ¿en qué manos está tu vida? ¿Dónde estás poniendo tu confianza?

Tal vez hoy te encuentras en la oscuridad de las tres de la tarde. Estás orando, pero no ves nada. Estás creyendo, pero por dentro preguntas si Dios todavía está ahí.

Quiero que te lleves esta promesa:

Y estoy convencido de que nada podrá jamás separarnos del amor de Dios. Ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni demonios, ni nuestros temores de hoy ni nuestras preocupaciones de mañana. Nada en toda la creación podrá jamás separarnos del amor de Dios, que está revelado en Cristo Jesús nuestro Señor.

— Romanos 8:38-39

No hay nada que te pueda separar del amor de Dios. El Señor quiere tu corazón, quiere tu oración sincera, quiere que lo busques. Jesús cargó el desamparo y la condenación de nuestro pecado para que nosotros no fuéramos separados de él.

Pero esto es para quienes están en Cristo.

Tal vez has estado aquí mucho tiempo. Respetas la Biblia, conoces a la gente y hasta sabes en qué parte del servicio va cada cosa, pero nunca has puesto verdaderamente tu vida en las manos de Jesús.

Quiero que entiendas lo que viste hoy. Esa oscuridad era la señal del juicio por nuestro pecado. Ese desamparo era el lugar que nos correspondía a ti y a mí, pero Jesús lo tomó sobre sí mismo. Murió en tu lugar y resucitó, que es lo más lindo, venciendo al pecado y a la muerte.

Nos llama a responder de dos maneras.

Número uno: arrepíentete. Reconoce al Señor. Reconoce que necesitas un Salvador. Necesitas a un Padre que interceda por ti.

Número dos: tienes que creer. Si crees en tu corazón y confiesas con tu boca, serás salvo. Tengo que creer en mi corazón.

Para todos los demás, quizás hoy no puedes cambiar lo que estás enfrentando. No puedes cambiar lo que alguien te hizo. No puedes producir la respuesta que estás esperando. No puedes controlar lo que va a suceder mañana. Pero sí puedes decidir en qué manos vas a poner lo que estás viviendo.

Las manos de los hombres hirieron a Jesús, pero las manos del Padre lo recibieron al final. Las manos que recibieron a Jesús son suficientemente fuertes para sostenerte a ti, a mí, a mi familia, a mi situación y a mis hijos.

Así que esta serie termina con estas tres oraciones:

"Padre, pongo delante de ti a quien me hirió".

"Dios mío, te digo la verdad de lo que me duele. Esto me duele".

"Padre, en tus manos pongo lo que no puedo controlar: mi familia, mi futuro, mi salud, mi temor, mi estatus legal, mi pecado, mi vida. Padre, todo te lo pongo en tus manos".

El que oró antes que nada lo hizo hasta el último respiro. ¿Por qué tú y yo no podemos hacer lo mismo, si hoy tenemos aire en nuestros pulmones para orar y buscar su rostro?

La vida de oración comienza acercándonos al Padre. No tienes que esperar hasta tener todo resuelto ni arreglar tu vida antes de venir. Jesús murió y resucitó para abrirte el camino. Así que hoy puedes venir delante de su trono porque sabes que el Padre te va a recibir.

Si estás abatido, si estás angustiado, el Señor quiere recibirte. Dice: "Ven ante su trono".

¿A dónde voy a ir yo? Dice la Palabra: "¿A quién clamamos si no es a ti? Porque solamente en ti encontramos palabras de vida".

Si yo voy a Facebook, me va a decir: "Te vas a morir". Si voy a ChatGPT, ¿cómo se llama?, me va a decir lo mismo: "Haz este remedio, haz esto y haz aquello", y al final no me va a dar felicidad.

El único que te puede dar felicidad es Jesús. El único que puede resolver tu situación es Jesús. El único que

puede darte paz en medio de las situaciones es Jesús, porque el mismo Jesús lo vivió. Él clamó al Padre y le dijo: "Señor, no puedo con esto. Aquí está".

¿Qué necesitas dejar?

Ponte de pie donde estás. No tienes que seguir cargando lo mismo con lo que llegaste. Cristo te llama y te está invitando.

¿Por qué no oramos?

Dile: "Señor, aquí estoy con mis heridas, con mis temores y con mis cargas".

Gracias porque hoy podemos depositar nuestras cargas en ti. Tú nos puedes dar descanso, Señor. A aquel que necesita perdón, ayúdalo a perdonar. A aquel que necesita sanidad, sánalo. A aquel que necesita esperanza, dale esperanza, Señor. Que hoy podamos venir delante de tu trono sabiendo que tú nos vas a recibir, no importa dónde estemos.